

HISTORIZANDO A HOMERO (I): LOS TESTIMONIOS HISTÓRICOS Y ARQUEOLÓGICOS

Francisco Javier González García
*LabPPP-IIT-USC. Unidad Asociada IEGPS (CSIC-XuGa)**

“La historia se escribe en hojas desordenadas”

Andrés Calamaro

A partir de las excavaciones de Korfmann en Hissarlik y de la publicación del libro de Latacz (*Troya y Homero. Hacia la resolución de un enigma* [Barcelona 2003; Berlín 2001]) se ha reabierto el problema, nunca cerrado, del trasfondo histórico de los poemas homéricos; problema que, en gran medida, se plantea en unos términos muy similares a los utilizados en el pasado para intentar dilucidar esta misma problemática. En el presente artículo, primero de una serie de dos, se revisan y critican los argumentos históricos y arqueológicos esgrimidos por Latacz en su hipótesis.

Korfmann's archaeological research at Hissarlik and publication of Latacz's book (*Troya y Homero. Hacia la resolución de un enigma* [Barcelona 2003; Berlín 2001]) have reopened the problem, never closed, on the historical background of the homeric poems. This problem has been dealt in a similar way as it has been before to explain the historicity of the homeric Trojan war. This paper, first of two, reviews and criticizes the historical and archaeological arguments used in Latacz's hypothesis.

¿Por qué, con el inicio de cada nueva excavación en Hissarlik, se reabre de forma más aguda la polémica, nunca cerrada del todo, sobre el carácter histórico

* Investigador Contratado. Laboratorio de Patrimonio, Paleoambiente e Paisaxe. Instituto de Investigacións Tecnolóxicas. Universidade de Santiago de Compostela. Unidade Asociada: Instituto de Estudos Galegos Padre Sarmiento (Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Xunta de Galicia).

de los poemas homéricos? Ésta es, en el fondo, la pregunta que, después de haber finalizado la lectura del trabajo de Latacz¹ en que se presentan al gran público las conclusiones más importantes alcanzadas a lo largo de las diversas campañas de excavación realizadas en dicho yacimiento por un equipo interdisciplinar dirigido por Manfred Korfmann, profesor de la Universidad de Tubinga, me ha movido a redactar el presente artículo, así como otro que se publicará en el siguiente número de esta revista, tras haber comprobado cómo, pese a la importancia de los nuevos descubrimientos arqueológicos, los intentos de historización de la guerra de Troya narrada por Homero se siguen moviendo dentro de los mismos parámetros establecidos hace casi medio siglo en trabajos como el de Page². Tomaré, por tanto, a modo de ejemplo las argumentaciones y conclusiones de Latacz en su obra para, a través de ella, plantear la problemática que, a mi juicio, implican los intentos de historización de los poemas homéricos.

Latacz, en su trabajo, recurre nuevamente a toda una serie de criterios, ya conocidos, para, a la luz de los nuevos datos arqueológicos, establecer el carácter de la *Ilíada* como fuente histórica secundaria para el conocimiento de la guerra de Troya; si bien, como era lógico esperar, Latacz³ se desmarca de esos intentos, ya caducos, de historización total del relato homérico⁴, sigue recurriendo, sin embargo, al mismo tipo de argumentos y testimonios documentales utilizados por sus predecesores. Estos argumentos se pueden dividir en dos grandes series:

– La primera está formada por una serie de testimonios históricos y arqueológicos que se considera que confirman la historicidad de los datos homéricos. Básicamente se trata de la arqueología de Hissarlik / Troya, la documentación hitita y egipcia y la documentación arqueológica e histórica del mundo micénico y su comparación con el contexto general que ofrecen los poemas homéricos.

– La segunda está compuesta por un conjunto de materiales épicos y mítico-religiosos que se cree que avalan la historicidad del relato que nos ofrece Homero; fundamentalmente se trata del pasaje del canto segundo de la *Ilíada* que se conoce como el “Catálogo de las Naves” y un conjunto variado de argumentaciones con respecto a la tradición oral, al mito y a la religión griega en general.

En las páginas del presente artículo centraré mi exposición en la primera serie de argumentos, los testimonios históricos y arqueológicos y, para ello, se realizará, en primer lugar, una exposición de cada uno de los argumentos recientemente expresados en este sentido por esta nueva tendencia historizante de Homero. Para facilitar la exposición de dichos argumentos utilizaré como referencia, como ya he dicho con anterioridad, el trabajo de Latacz. La exposición de cada

¹ J. Latacz, *Troya y Homero. Hacia la resolución de un enigma* (Barcelona 2003).

² D. L. Page, *History and the Homeric Iliad* (Berkeley-Los Angeles 1959).

³ *Troya y Homero...*, 236.

⁴ Como, por ejemplo, los de Page, *History and...* o, más recientemente, C. Brillante, *La leggenda eroica e la civiltà micenea* (Roma 1981).

uno de los supuestos testimonios irá seguida por una revisión crítica del mismo cuya finalidad básica es demostrar que el carácter definitivo que esta corriente historizante concede a dichos argumentos dista mucho de ser tan absoluto como dan a entender sus defensores. El estudio y análisis de la segunda serie de datos, así como una conclusión final sobre lo que, desde mi punto de vista, se puede denominar con un buen uso histórico de los poemas homéricos se ofrecerá en el artículo a publicar en el siguiente número de *Habis*.

1. LA ARQUEOLOGÍA DE HISSARLIK / TROYA

El principal hallazgo de las nuevas campañas de excavación en Hissarlik lo constituye el descubrimiento, durante la campaña de 1988, de la existencia de una ciudad baja, perteneciente a los niveles arqueológicos conocidos como Troya VI-VII, a los pies de la acrópolis que había sido excavada por Schliemann, Dörpfeld y Blegen. Durante los siguientes años de excavación se procedió a identificar la extensión y las características de dicha ciudad, llegando a la conclusión de que ésta abarcaba una superficie de alrededor de 200.000 m² y contaba con población de entre 5.000-10.000 habitantes. El equipo de Korfmann también detectó, entre 1992 y 1995, la existencia de dos circuitos de fosos que cerraban dicho asentamiento y restos de una puerta monumental que posiblemente perteneció a la muralla de adobe que cerraba la ciudad baja. Este sistema defensivo, así como su técnica constructiva, situaba a Troya, formada ahora por una ciudadela y una ciudad baja, ambas fortificadas, dentro del ámbito de las ciudades de Anatolia. Hacia esta misma dirección apuntaban también otros materiales arqueológicos descubiertos como, por ejemplo, la cerámica, las prácticas funerarias y religiosas, etc. Troya, por tanto, se presenta ahora como una ciudad residencial y comercial anatólica que se había beneficiado de su magnífica ubicación a la entrada de los Dardanelos⁵.

El descubrimiento durante la campaña de 1995, en el nivel VIIb, de un sello biconvexo redondo con escritura jeroglífica luvita, típico del mundo anatólico, vino a reforzar el carácter próximo asiático del asentamiento, pues este tipo de sellos suelen aparecer en regiones que fueron áreas de actividad o de interés hitita. Los datos arqueológicos parecen indicar, por tanto, que Troya quizás formase parte del imperio hitita o que, al menos, mantenía estrechas relaciones económicas o políticas con aquél, que se trataba, en resumen, de un asentamiento incluido dentro de la órbita de acción hitita⁶. Hasta aquí, por tanto, los nuevos datos que nos ofrece la arqueología. Intentemos ver, ahora, la utilidad que dichos datos poseen para el tema que aquí nos ocupa: la historicidad de la guerra de Troya homérica.

⁵ Argumentos ya expuestos por Latacz o Korfmann en trabajos anteriores a la publicación de la síntesis del primero, como, por ejemplo, J. Latacz, "News from Troy", *Berytus* 34 (1988) 111; M. Korfmann, "Troia: a residential and trading city at Dardanelles", *Aegaeum* 12 (1995) 173 ss.

⁶ Latacz, *Troya y Homero...*, 44-112; M. Siebler, *La guerra de Troya. Mito y realidad* (Barcelona 2002) 119-133.

La reapertura, con cada excavación en Hissarlik, del debate sobre la historicidad de Homero es ya un *leitmotiv* clásico de la arqueología troyana que, de hecho, se viene repitiendo desde las campañas iniciales de excavación desarrolladas por Schliemann. Todas las excavaciones que se han realizado en dicho yacimiento han supuesto la reapertura de dicho debate y cada uno de sus excavadores, también desde Schliemann, han manifestado siempre su seguridad de haber dado con la Troya homérica o con la solución al enigma histórico planteado por Homero⁷. En este sentido, podemos considerar que la actividad desarrollada por Korfmann y su equipo en Hissarlik y la finalidad última del libro de Latacz, que es miembro de dicho equipo, son fieles, por tanto, a esta tradición secular de la arqueología troyana.

Las excavaciones de Korfmann manifiestan esa misma fidelidad a la tradición arqueológica troyana en lo referente al nivel arqueológico identificado con la Troya homérica (los niveles VI y VIIa), los mismos que se vienen barajando desde las excavaciones de Dörpfeld, a finales del siglo XIX, y Blegen, en la primera mitad del XX. La identificación de la Troya homérica con uno de esos dos niveles resulta bastante problemática como consecuencia, básicamente, de las dificultades existentes a la hora de identificar las posibles causas de su destrucción. Tradicionalmente se había venido identificando, desde las excavaciones de Blegen, a la ciudad homérica con el nivel VIIa, argumentándose que no podía ser el nivel VI, pues éste había sido destruido por un terremoto.

No obstante, desde hace casi veinte años, ya con anterioridad a la reanudación de las excavaciones por parte de Korfmann, se ha abierto camino la idea de que es muy posible que Troya VI, pese a haber sufrido un terremoto, hubiese sido destruida por un ataque exterior⁸, con lo que se recuperaba la posibilidad de que el nivel VI fuese la Troya de Homero. Esta reconsideración de Troya VI como la Troya homérica fue fruto de la revisión de los materiales y los datos de las antiguas campañas arqueológicas que permitieron establecer la existencia de un error de datación, por parte de Blegen, del nivel VIIa, cuya fecha tendría que ser retrasada hasta 1180, siendo, muy posiblemente, la datación de Troya VI entre 1270-1240. Esta nueva datación hacía coincidir cronológicamente a Troya VI con el momento de apogeo del mundo micénico que, en caso de haber sido el responsable de la destrucción de la ciudad, conocería, en este momento, una situación mucho más favorable para llevar a cabo una empresa bélica de este alcance que la que vivió en el período posterior al 1200, cuando ya se encontraba inmerso en la crisis que puso fin a su existencia. Desde el punto de vista del registro arqueológico, el nivel VI también coincidía mucho mejor con la imagen homérica de una guerra entre aqueos y troyanos: en el nivel VIIa apenas aparece cerámica micénica, material muy abundante, en cambio, en Troya VI.

⁷ Tal y como señaló M. I. Finley, *El mundo de Odiseo* (Madrid 1980) 195 ss.

⁸ M. Wood, *In search of the Trojan War* (New York-Oxford 1985) 223-230.

No obstante, como señaló Easton⁹, la identificación de Troya VI con la ciudad homérica tampoco demuestra la historicidad de la guerra de Troya, pues no soluciona las múltiples dudas que existen con respecto a la fecha y la geografía política de la época. Estas discusiones sobre la identificación del nivel arqueológico de ocupación de la Troya homérica centraron la investigación, y la polémica, durante la década anterior al reinicio de las excavaciones en Hissarlik, Existían, y existen, voces desfavorables al retraso del nivel arqueológico de la Troya de Príamo al nivel VI y a la nueva datación de los niveles arqueológicos de Hissarlik. Esta corriente de opinión defendía, por tanto, la corrección de la identificación realizada por Blegen de Troya VIIa como la ciudad homérica y, también, su cronología¹⁰.

Estos problemas de datación e identificación del nivel arqueológico correspondiente a la Troya homérica parecen haber sido pasados por alto en la excavación de Korfmann o, al menos, así parece deducirse tras la lectura de la obra de Latacz. Los actuales excavadores de Troya aceptan los niveles VI-VIIa como la posible Troya homérica y sitúan la destrucción homérica de la misma, la “guerra de Troya”, tras al nivel VIIa, si bien parecen llevar la datación de dicho nivel hasta el 1200 a.C.¹¹ y aceptan que la destrucción de Troya VI debió ocurrir entre 1300-1250¹².

La datación correcta de estos dos niveles es, en mi opinión, una cuestión básica para cualquier intento de historización del relato homérico, pues de ella depende, en gran medida, la utilización de otros materiales que permitan ayudar, a los defensores de este tipo de planteamientos, a determinar la veracidad histórica de los poemas. Pensemos, por ejemplo, en lo sucedido con la cerámica micénica, prácticamente ausente del nivel VIIa. Este hecho, a falta de otro tipo de confirmación documental o arqueológica, dificulta la defensa de la existencia de contactos o relaciones entre Troya VIIa y el mundo micénico en la época en que dicha ciudad estuvo viva, situación que se confirma en caso de que dicho nivel arqueológico se corresponda cronológicamente con el momento de crisis y fin del mundo micénico. Teniendo en cuenta estos hechos, las pruebas que ofrece la arqueología no permiten conceder ninguna validez histórica al relato homérico pues, si el ataque histórico de los micénicos a Troya se produjo durante la existencia del nivel VIIa, la caótica situación vivida por aquél entonces por el mundo micénico, documentada posiblemente a través de la ausencia de materiales cerámicos micénicos en Troya, dificultaría el desarrollo de una acción panaquea del tipo de la descrita por Homero. Si, por el contrario, aceptamos que la destrucción del último estrato del nivel VI no sólo fue el resultado di-

⁹ D. F. Easton, “Has the Trojan War been found?”, *Antiquity* 59 (1985) 188-196.

¹⁰ C. B. Mee, “The mycenaean and Troy”, L. Foxhall-J. K. Davies (eds.), *The Trojan War. Its historicity and context* (Bristol 1984) 45-56.

¹¹ Latacz, *Troya y Homero...*, 31.

¹² Siebler, *La guerra de Troya...*, 144.

recto de un terremoto sino también del ataque micénico del que Homero, en última instancia, nos informa en la *Iliada*, las cosas tampoco resultan sencillas pues, hasta ahora, el registro arqueológico tampoco ha mostrado ningún indicio que permita afirmar que el responsable de dicha destrucción fue un ejército micénico¹³.

Pese a que las excavaciones dirigidas por Korfmann no han venido a resolver, al menos por el momento, algunos de los problemas planteados por la arqueología troyana, sí podemos considerar, en cambio, que sus resultados han sido, en su conjunto, de gran importancia. No obstante, y pese a lo que piense Latacz, es muy poco lo que, a día de hoy, nos pueden aportar las nuevas excavaciones a la hora de intentar dar una solución a la posible historicidad de la guerra de Troya.

En primer lugar, resulta de importancia fundamental el hecho de que Korfmann y su equipo hayan descubierto la ciudad baja de Troya VI y su sistema defensivo, pues, con ello, el yacimiento de Edad del Bronce de Hissarlik deja de ser una simple ciudadela, con una extensión 20.000 m², para pasar a convertirse en una ciudad de tamaño considerable. El otro gran hallazgo de las excavaciones alemanas en Hissarlik viene dado por el carácter anatólico del asentamiento. No estamos, por tanto, ante una ciudadela griega, ni micénica, sino ante una ciudad minorasiática típica de la Edad del Bronce que se puede encuadrar perfectamente dentro del ámbito histórico y cultural del Asia Menor de mediados del II Milenio, es decir, como un yacimiento que puede y debe comprenderse e interpretarse mucho mejor desde la óptica del Imperio Hitita y de las relaciones que éste estableció con el resto de las entidades políticas de Anatolia, Asia Menor y el Próximo Oriente y no desde una perspectiva helenocéntrica, como hasta ahora se había venido haciendo. Éste es sin lugar a dudas, a nuestro modo de ver, el gran logro de los trabajos de Korfmann.

Tras quince años de excavación en Hissarlik y pese a lo que opinen sus defensores, como Latacz, la contribución realizada por la arqueología de Troya a favor de la veracidad e historicidad del relato homérico es bastante reducida, por no decir nula. Prueba de ello es que, adoptando una perspectiva excesivamente escéptica, se puede argumentar que, en realidad, seguimos sin saber si el asentamiento de Hissarlik fue realmente la Troya de Edad del Bronce, pues carecemos de cualquier indicio directo que nos diga que ese era el nombre de la ciudad que, desde Schliemann, se ha venido excavando en ese punto de la costa de la actual Turquía.

2. LA DOCUMENTACIÓN HITITA Y EGIPCIA

El segundo tipo de documentación a la que se recurre a la hora de demostrar la historicidad homérica es la documentación oriental, básicamente hitita y egipcia,

¹³ Siebler, *op. cit.* 139 ss.

con la creencia de que las noticias que ofrecen dichos textos permiten, además, intentar aclarar las relaciones entre Troya y el imperio hitita. La documentación hitita recoge una serie de términos geográficos como *Wilusa / Wilusiya* o *Taruwisa* que, desde el desciframiento y lectura de la escritura hitita, se han venido interpretando como las formas hititas para Ilios y Troya, las dos designaciones homéricas para la ciudad de Príamo.

Latacz, pese a los problemas fonéticos que presentan estas formas, acepta dicha interpretación, siguiendo, así, una opinión generalizada, en la actualidad, entre ciertos sectores de la hititología. Esta identificación se sustenta, fundamentalmente, en la reconstrucción del mapa político de Asia Menor a fines de la Edad del Bronce a partir de los datos aportados por los documentos hititas, según la cual, *Wilusa* sería la denominación hitita para la Tróade, siendo *Taruwisa* una parte de ese país de *Wilusa*, es decir, Troya. Latacz, a partir del análisis de la documentación hitita, en especial del “Tratado de *Alaksandu*”, y de los resultados de las excavaciones arqueológicas, concluye que *Wilusa* fue, durante el segundo milenio a.C., un estado satélite del imperio hitita¹⁴.

La constatación de estos dos nombres en los textos hititas y su ubicación en la Tróade, junto con la pervivencia en Homero de la doble designación Troya / Ilios, son, en opinión de Latacz, la prueba evidente del carácter histórico del fondo de la narración homérica, pues vienen a demostrar que “Ilios = Wilios no es un producto de la fantasía griega, sino un lugar histórico y real”¹⁵.

Demostrada la historicidad del marco geográfico de la *Ilíada*, Latacz procede a revisar el marco étnico de los atacantes de Troya y, para ello, compara los datos homéricos con las noticias que ofrecen las fuentes orientales (hititas y egipcias). La triple denominación que los griegos presentan en Homero (*achaioi*, *danaoi* y *argeioi* o aqueos, dánaos y argivos) parece atestiguar, precisamente, en la documentación oriental. Los textos hititas mencionan unos *achai(w)ia*, *achijawa* o *ahhijawa* que los hititólogos identifican con los griegos micénicos continentales y no, como se había venido haciendo hasta ahora, con poblaciones micénicas asentadas en Asia Menor (como, por ejemplo, Mileto, posiblemente la *Millawanda* de los textos hititas). Se trataría, en concreto, de los griegos micénicos que ocupaban la franja oriental del continente griego y una parte de la zona insular oriental hasta Rodas. Esta identificación, según Latacz, permite dar por seguro que el nombre de *achaioi* (aqueos) que reciben en Homero los atacantes de Troya es una designación histórica, así como su ubicación geográfica que se correspondería con regiones helénicas que tienen un destacado papel en la *Ilíada*, como Tesalia, Lócride, Creta o Rodas. Por lo que respecta a los *danaoi*, son los textos egipcios los que nos pueden aclarar la situación; según la documentación egipcia, entre 1450-1350 a.C. el Peloponeso y Beocia eran conocidos, por los egipcios, como el “país *Danaja*”; dánaos sería la nueva denominación de los

¹⁴ Latacz, *Troya y Homero...*, 112-172.

¹⁵ *Ibid.* 136.

antiguos argivos, etnónimo con el que se conocería a los ocupantes de Argos, el núcleo del reino de “*Danaja*”, en el II milenio a.C.¹⁶.

Constatados, por tanto, los marcos geográfico y étnico de los atacantes de la *Iliada*, se puede considerar, en opinión de Latacz, que dicho poema es una fuente histórica secundaria y marginal para el conocimiento de la guerra de Troya.

Veamos, al margen de los argumentos que Latacz nos aporta, cuáles son las evidencias que, para la cuestión de la historicidad del relato homérico de la guerra de Troya, nos ofrece esta documentación oriental. En primer lugar, debemos señalar que el uso de estos documentos para demostrar la historicidad de Homero no es una novedad y que muchos de los argumentos utilizados por Latacz, si bien, en su caso, actualizados y revisados, son ya bastante antiguos y conocidos por la investigación homérica.

El recurso a la documentación hitita para demostrar la historicidad de los poemas homéricos tuvo en Denys Page¹⁷ su mayor divulgador, tal y como lo demuestra la difusión que conoció su obra y la inclusión de sus argumentos en obras de divulgación dirigidas al gran público y traducidas a distintos idiomas¹⁸, si bien ya con anterioridad habían sido esgrimidos, en la década de 1920, por otros autores como Emil Forrer o Paul Kretschner.

La hipótesis de Page con respecto a la historicidad de la guerra de Troya parte del supuesto, también aceptado por Latacz, de que el motivo de dicho enfrentamiento fue fundamentalmente económico: acabar con el control que Troya ejercía sobre los estrechos, lo que debilitaba la actividad mercantil micénica. Partiendo de esta argumentación, se consideraba que dicho conflicto bélico era una empresa propia de la expansión micénica. En la actualidad no se puede dudar de la importancia económica del enclave de Troya, así lo han puesto de manifiesto las excavaciones de Korfmann. No obstante, desde hace años se ha señalado la necesidad de matizar una causa única y exclusivamente económica como desencadenante de la guerra que habría acabado con Troya¹⁹.

Para intentar demostrar su tesis, Page recurrió a los textos hititas en que se hace mención a los Ahhijawa, llegando a la conclusión de que se trataba de aqueos, pero no procedentes del continente griego sino de un reino micénico que existía en Rodas. La guerra de Troya, en su opinión, habría tenido lugar a fines del siglo XIII a.C. como consecuencia del vacío de poder que se produjo en Asia Menor con la desintegración del Imperio Hitita. La aparición en la documentación hitita de esta época del reino de Assuwa lleva a Page a pensar que éste debió ser el enemigo de los aqueos en una guerra por el control de las zonas abandonadas por los hititas, acontecimiento en el que

¹⁶ Latacz, *op. cit.* 173-194.

¹⁷ *History and...*

¹⁸ Como, por ejemplo, J. V. Luce, *Homero y la Edad Heroica* (Barcelona 1984) 136 ss.

¹⁹ J. Mellaart, “Troy VIIa in Anatholian perspective”, L. Foxhall-J. K. Davies (eds.), *The Trojan War...*, 63-82; Mee, “The mycenaean ...”, 51 ss.

se enmarcaría el conflicto troyano que, recordado sólo por la tradición épica, tomó posteriormente la forma que actualmente presenta en los poemas homéricos.

Con posterioridad a Page, se siguió utilizando la documentación hitita a la hora de intentar explicar la posible historicidad de la guerra de Troya. Así sucede, por ejemplo, con los trabajos de Bryce, quien, ya desde 1989²⁰, adoptaba unos puntos de partida similares a los de Page, en tanto que aceptaba que los Ahhijawa eran los aqueos de Homero y, en concreto, micénicos procedentes de un reino en la zona de Asia Menor, que situaba en Mileto. Bryce tiende a comprender la expansión micénica por Anatolia Occidental en términos de enfrentamientos, ya directos o indirectos, entre los poderes micénico e hitita. Este autor, a diferencia de Page, es plenamente consciente de que estos conflictos bélicos difícilmente se pueden relacionar, por problemas de cronología, con el nivel de destrucción de Troya VIIa, motivo por el que, en su opinión, la destrucción de dicho nivel arqueológico se tiene que relacionar con los movimientos de los Pueblos del Mar, siguiendo así un argumento ya expuesto con anterioridad por otros autores²¹. Esta última hipótesis también cuenta, no obstante, con detractores, como Mellaart²², quien, aceptando la dudosa historicidad de la guerra de Troya o que ésta, al menos, no ha sido probada, sostiene que no existen evidencias sólidas que permitan asociar la destrucción del nivel VIIa con los Pueblos del Mar y, por ello, considera que los acontecimientos en que se enmarcó la destrucción de Troya se deben explicar a partir de las hostilidades internas de la política anatólica.

Latacz, a diferencia de sus predecesores, considera que los Ahhijawa de los textos hititas eran micénicos continentales y no “colonos” asentados en Asia Menor, ya haya sido en Rodas o en Mileto. Para ello, se basa fundamentalmente en el carácter ultramarino con el que se parece describir a dicho reino en las tablillas hititas. Ubicación ultramarina que, como señaló Güterbock²³, no está atestiguada en dichos textos y que, en realidad, es, simplemente, una interpretación basada en el sentido común, al igual que lo es toda la identificación Ahhijawa-Aqueos²⁴, a partir de la suposición y de la creencia de que ambas culturas, por su importancia, debieron estar en contacto. Estas relaciones directas entre el mundo micénico y el hitita también se pueden matizar, pues, como ha señalado Mee²⁵, la actividad minoica y micénica en Anatolia parece que se limitó exclusivamente a la costa

²⁰ T. R. Bryce, “The nature of Mycenaean involvement in western Anatolia”, *Historia* 38 (1989) 1-21.

²¹ J. L. Myres-K. T. Frost, “The historical background of the Trojan War”, *Klio* 14 (1915) 447-467; M. I. Finley, “The Trojan War”, *JHS* 84 (1964) 8-9.

²² “Troy VIIa...”, 69 ss.

²³ H. G. Güterbock, “The hittites and the Aegean World: Part 1. The Ahhiyawa problem reconsidered”, *AJA* 87 (1983) 133.

²⁴ Güterbock, *art. cit.* 138.

²⁵ C. B. Mee, “Anatolia and the Aegean in the Late Bronze Age”, *Aegaeum* 18 (1998) 145.

sudoccidental, decreciendo, desde allí, hacia el norte y el este; de hecho, las evidencias arqueológicas de un comercio directo entre ambos mundos son bastante débiles²⁶.

Existe, así pues, toda una serie de datos que apuntan hacia la existencia, a inicios del siglo XIII a.C., de posibles asentamientos micénicos en el sudoeste de Anatolia con centro en Mileto²⁷, donde parece atestiguada la presencia micénica, heredera, a partir de una fecha próxima al 1450 a.C., de una posible ocupación minoica en dicha región²⁸. A juzgar por la documentación hitita, esta presencia micénica parece que pudo interferir con frecuencia en la política de las regiones anatólicas occidentales. La solución para comprender el carácter ultramarino, desde el punto de vista hitita, de dicho reino y, al mismo tiempo, aceptar la existencia de territorios bajo control micénico en Anatolia pasa por aceptar, como indicó Wood²⁹, que dichas posesiones anatólicas dependerían de un reino micénico de Grecia continental, al haber sido la consecuencia directa de esa expansión micénica por dicha área que, a partir de 1420 a.C., parecen atestiguar los textos orientales. Latacz acepta la existencia de posesiones micénicas en Asia Menor, como Mileto, pero su identificación de *Ahhijawa* con la Grecia continental se basa fundamentalmente en el destacado papel que en la *Iliada* tienen las regiones orientales continentales e insulares de Grecia (Beocia, Tesalia, Lócride, Creta, Rodas, etc.), a las que, siguiendo los análisis de Lehmann, identifica con el reino de *Ahhijawa*, y también en la apariencia de gran potencia, asimilable a Egipto, que dicho reino presenta en la documentación hitita.

En mi opinión, estos dos criterios, como vamos a ver, distan mucho de ser definitivos: la identificación geográfica de Lehmann no deja de ser una simple hipótesis y el carácter de gran reino que se le concede a *Ahhijawa* se basa, única y exclusivamente, en el hecho de que el rey de dicho territorio aparece designado en la documentación oriental con el calificativo de “hermano”. Con este título honorífico se denominan, en la correspondencia diplomática de la época, los diferentes reyes orientales, aceptándose que dicha designación implica una igualdad de rango e importancia entre los distintos reyes y reinos. Sin embargo existen indicios que parecen ir en contra de esta interpretación de dicho título; así, por ejemplo, sabemos que el faraón de Egipto y el rey de Chipre se designaban de este modo cuando, en realidad, no eran reyes de idéntico rango³⁰. Dicho calificativo no tiene porqué responder, por tanto, a un gran reino histórico sino que puede ser fruto de la pompa característica de la documentación áulica o incluso

²⁶ Mee, *art. cit.* 141.

²⁷ Localidad que, en opinión de algunos autores, como C. B. Mee, “Anatolia...”, 139, sería claramente anatólica.

²⁸ M. J. Mellink, “Part 2. Archaeological comments on Ahhiyawa-Achaians in Western Anatolia”, *AJA* 87 (1983) 138-141.

²⁹ *In search of...*, 179-181.

³⁰ Güterbock, “The Hittites and...”, 135.

se puede tratar, como ha señalado Cline³¹, de un modo de reconocer, por parte de dichos reyes, su participación en una relación de “compañerismo” comercial consistente en el frecuente intercambio de regalos de prestigio, entre todos ellos, dentro del comercio de elite que parece haber existido en el Mediterráneo oriental durante la Edad del Bronce.

Por lo demás, la documentación hitita, pese a lo que pueda pensar Latacz, no está libre de problemas, del mismo modo que tampoco lo está la utilización que de ella se hace a la hora de buscar argumentos que apoyen la historicidad de los poemas homéricos³². Por ejemplo, la identificación Ahhijawa-Aqueos, núcleo central de esta argumentación, es filológicamente indemostrable³³. Existe, además, otro dato de importancia fundamental que creo preciso indicar: no existe una conexión directa entre los documentos hititas que mencionan a los *Ahhijawa* y aquellos otros en que se habla de *Wilusa*. Toda la interpretación de los textos hititas que realizan los defensores de la historicidad de la guerra de Troya homérica se basa, por tanto, en una serie de supuestos e hipótesis. A este hecho hay que añadir, además, que la datación de esta documentación hitita es también bastante problemática y que, desde hace años, se ha propuesto retrasar en dos siglos la fecha de dichos textos³⁴. Esta nueva datación, en caso de ser correcta, imposibilitaría cualquier asociación directa de la situación que en ellos se describe con la destrucción de Troya VIIa, a no ser, claro está, que se acepte que Troya VI es la ciudad homérica, tal y como ha hecho Stella³⁵, en cuyo caso sí que permitiría interpretar la destrucción de la ciudad como la consecuencia directa de la participación del mundo micénico en los asuntos anatólicos, posiblemente en defensa de sus intereses comerciales.

Las identificaciones de *Wilusiya* / *Wilusa* con Ilios (*Wilios*) y de *Taruwisa* con Troya también resultan problemáticas desde el punto de vista lingüístico³⁶, a no ser que, como hace Latacz³⁷, las comprendamos como las interpretaciones hititas y griegas de topónimos anatolios. Los textos hititas, por tanto, sólo nos ofrecen menciones a una serie de localidades y pueblos, de difícil interpretación y comprensión, que, según el autor que las utilice, tanto se pueden esgrimir para intentar demostrar la historicidad de la guerra de Troya como para todo lo contrario. Todo lo que en la actualidad se puede decir, a partir de la documentación hitita, con respecto al posible carácter histórico de la guerra

³¹ E. H. Cline, “‘My brother, my son’: rulership and trade between the LBA Aegean, Egypt and the Near East”, *Aegaeum* 11 (1995) 144 ss.

³² Como ya habían indicado J. D. Muhly, “Hittites and achaeans: Ahhijawa redomitus”, *Historia* XIII (1974) 129 ss. y D. F. Easton, “Hittite Story and the Trojan War”, L. Foxhall-J. K. Davies (eds.), *The Trojan War...*, 23 ss.

³³ Muhly, “Hittites and...”, 131 ss.

³⁴ Güterbock, “The Hittites and...”, 133; T. R. Bryce, “Madduwatta and hittite policy in Western Anatolia”, *Historia* 25 (1986) 1-2; en contra dicho retraso: Muhly, *art. cit.* 139 ss.

³⁵ L. A. Stella, *Tradizione micenea e poesia dell'Iliade* (Roma 1978) 230 ss.

³⁶ Wood, *In search of...*, 186-187.

³⁷ *Troya y Homero...*, 297.

de Troya no pasa, en realidad, de ser una simple generalización. Considero que la postura más correcta a este respecto es la seguida por Bryce³⁸ al señalar, creo que con claridad, la posibilidad de que tras la guerra de Troya haya un núcleo histórico, siendo muy posible que dicho conflicto haya consistido, en realidad, en una serie de ataques aqueos contra Troya y no en una auténtica guerra de asedio como la que nos describe la *Ilíada*. En su opinión, todo lo que implique rebasar este nivel es, simple y llanamente, caer en la especulación.

Por lo que respecta a la documentación egipcia, en ella simplemente se constata la presencia de una serie de nombres: *Danaja*, *Mukana*, *Keftiu* que se pueden interpretar, respectivamente, como País de los Dánaos, Micenas, Creta. Lo único que nos permiten llegar a saber con seguridad estos nombres es que los egipcios, en esta época, conocían estos lugares y a sus habitantes y que mantenían relaciones con ellos, situación que, por otra parte, no resulta novedosa pues, gracias a la arqueología, ya se tenía conocimiento de la existencia de contactos comerciales entre Egipto y el Egeo durante toda la Edad del Bronce (como lo demuestran, por ejemplo, el descubrimiento de materiales cerámicos micénicos en Amarna o de productos de origen egipcio en Tebas). Dichos contactos serían, en realidad, un comercio de elites³⁹, muy posiblemente en manos de intermediarios⁴⁰, probablemente sirios⁴¹ o chipriotas⁴² que podían trabajar para las potencias egeas; en este mismo sentido parece apuntar la ausencia de datos a favor de la existencia de mercaderes marítimos de origen micénico⁴³, en oposición a lo que sucedía en época minoica, en la que se atestiguan contactos directos entre Creta y Egipto⁴⁴.

El valor de estas referencias para llegar a establecer la historicidad de la guerra de Troya que Homero nos narra se nos presenta, así pues, como muy limitado, por no decir nulo. En cambio, como acabamos de ver, estas noticias sí que nos ayudan a reconstruir las relaciones entre el mundo egeo y Egipto durante todo este período.

En resumen, la documentación oriental nos ofrece una serie de nombres cuya identificación con las denominaciones de la *Ilíada* resulta, cuando menos, problemática y difícil de demostrar con seguridad, y que, por tanto, no aportan

³⁸ T. R. Bryce, *The Kingdom of the Hittites* (Oxford 1998) 392 ss.

³⁹ G. F. Knapp, "Mediterranean Bronze Age trade: distance, power and place", *Aegaeum* 18 (1998) 196.

⁴⁰ P. Rehak, "Aegean natives in the Theban tomb paintings", *Aegaeum* 18 (1998) 48.

⁴¹ R. S. Merrillees, "Egypt and the Aegean", *Aegaeum* 18 (1998) 151 y 154.

⁴² C. W. Shelmdine, "Where do we go from here? and How can the Linear B tablets help us get there", *Aegaeum* 18 (1998) 293.

⁴³ G. F. Bass, "Sailing between the Aegean and the Orient in the Second Millennium BC", *Aegaeum* 18 (1998) 187.

⁴⁴ R. Laffineur, "From West to East: the Aegean and Egypt in the Early Late Bronze Age", *Aegaeum* 18 (1998) 53-67; A. Leonard Jr., "Trade during the Late Helladic III Period", *Aegaeum* 18 (1998) 99-104.

ningún dato seguro que permita demostrar la historicidad de la guerra narrada por Homero.

3. LA DOCUMENTACIÓN ARQUEOLÓGICA E HISTÓRICA DEL MUNDO MICÉNICO Y SU COMPARACIÓN CON EL CONTEXTO GENERAL QUE OFRECEN LOS POEMAS HOMÉRICOS

Latacz, como vimos, defiende la posibilidad de que la *Ilíada* sea una fuente histórica secundaria para el conocimiento del conflicto troyano. Se trataría en concreto, en caso de que cumpla con una serie de condiciones, de una fuente secundaria de especial importancia:

“Si el recuerdo de un ataque griego contra Troya se hubiera guardado, en efecto, entre los griegos a lo largo de los siglos, y hubiera finalmente desembocado en la *Ilíada*, esa fuente secundaria tendría un estatus aparte entre todas las fuentes secundarias imaginables, porque preservaría el recuerdo, no de una de las muchas guerras de Troya, sino de aquella guerra singular que rubricó el declive de Troya. Ya ante el trasfondo de la ausencia de otro reflejo comparable en la época, semejante preservación de un recuerdo histórico representaría un extraordinario caso de fortuna. Para nosotros, la cuestión radicaría en aprovechar ese caso afortunado. Si se pudiera evidenciar que la *Ilíada* ha preservado, además de los meros hechos básicos del lugar y los actores principales, o sea, más allá, de los marcos de acción geográfico-etnográficos, también lo antiguo e histórico de aquel escenario del II milenio, entonces, la *Ilíada* de Homero —prescindiendo de su carácter de fuente secundaria— sería de una importancia merecedora de no poca atención para la reconstrucción de al menos un determinado y breve estadio de transición en la historia de Troya”⁴⁵.

Esta demostración del carácter especial de la *Ilíada* como fuente secundaria parte, según Latacz⁴⁶, del hecho de que la forma poética que Homero nos atestigua es mucho más antigua que su obra: se trataría de una forma de composición poética que se habría desarrollado en época micénica, prueba de ello serían los aparentes errores métricos homéricos que, en realidad, son fruto de la caída, en el griego homérico, de la digamma inicial original. Dentro de esta poesía épica micénica se habría compuesto, según Latacz, un poema que trataría sobre la historia y la guerra de Troya que daría cuenta de la toma histórica de dicha ciudad. A partir de estos materiales, transmitidos a través de la tradición poética, Homero compuso su *Ilíada*, su poema sobre la cólera de Aquiles, utilizando dicha historia como marco, como bastidor para su acción. Este uso, por parte de Homero, de un material poético más antiguo para la composición de su obra habría posibilitado la introducción, en la *Ilíada*, de toda una serie de datos reales e históricos que,

⁴⁵ *Troya y Homero...*, 199.

⁴⁶ *Ibid.* 223-230.

en última instancia, hacen referencia a la auténtica guerra y toma de Troya. Por todo Latacz concluye que:

“La historia de Aquiles, de Homero, que solemos denominar ‘*Iliada*’, sólo puede ofrecer un pálido reflejo del componente ‘guerra de Troya’ de la completa historia de Troya que el poeta da por supuesta.

Nuestra única fuente escrita hasta hoy de la historia de la guerra de Troya, la *Iliada* griega, se revela así como una reducida fuente secundaria de mera información fragmentada. Una fuente principal, es decir, una representación continua del transcurso *completo* de la guerra como la pudieron tener en la cabeza Homero y la mayor parte de su público primario, es algo que no tenemos, ni en griego, ni en otra lengua”⁴⁷.

Pero, aún, así no desiste de su objetivo principal, demostrar que Homero puede ser una fuente útil:

“No obstante, ese mismo carácter de fuente secundaria hace especialmente valiosa la *Iliada* para el propósito de recuperar la versión original de la guerra de Troya. Porque el narrador de nuestra *Iliada* no podía tener interés alguno en variar el armazón estructural para adecuarlo a otro fin (...). Por lo mismo, las informaciones fragmentarias de la historia completa que conlleva pueden, incluso hasta la demostración de lo contrario, ser consideradas como básicamente auténticos componentes del armazón estructural originario”⁴⁸.

Para demostrar esta utilidad de Homero como fuente histórica, Latacz recurre, de nuevo, a la documentación histórica, en este caso a la documentación micénica. Para Latacz, los documentos micénicos en Lineal B nos ofrecen una imagen de Grecia en la Edad del Bronce que coincide con la que ofrece Homero, fundamentalmente la hegemonía de Micenas sobre el resto de Grecia. Dado que esta imagen de la Grecia micénica encaja, en su opinión, con la que nos ofrecen los textos hititas y egipcios, Latacz se cree legitimado para pensar que la historia de Troya que se presupone en la *Iliada* de Homero es un reflejo de las relaciones dominantes en Grecia durante la época micénica. Teniendo en cuenta la conservación en Homero, a través de la tradición de composición oral formular, de esa serie de designaciones para Troya y los atacantes de dicha ciudad a que antes hemos hecho referencia, nuestro autor considera que la composición de la historia de Troya tuvo lugar en época micénica.

¿Confirman, en realidad, la documentación micénica de las tablillas de Lineal B y la arqueología griega de la Edad del Bronce las afirmaciones de Latacz?

La creencia en el carácter micénico del trasfondo histórico de los poemas homéricos deriva, en gran medida, del descubrimiento en contextos arqueológicos micénicos de una serie de objetos que aparecen descritos en los poemas homéricos.

⁴⁷ Latacz, *op. cit.* 282.

⁴⁸ *Ibid.*, n. anterior.

En un principio se trató de gran cantidad de objetos que, gracias a los avances de la arqueología micénica, han quedado reducidos, en la actualidad, a unos pocos testimonios: la copa de Néstor (*Il.* 11.632-5), el casco de dientes de jabalí (*Il.* 10.261-5) o el escudo de Ajax (*Il.* 7.219-23), objetos sobre los que sólo se puede decir que pertenecen a época micénica, testimoniando, por tanto, que en Homero aparecen vestigios de una época muy antigua pero que en modo alguno permiten afirmar que el poeta describa el mundo griego de Edad del Bronce. Frente a esta aparición de materiales micénicos, los poemas también nos presentan, en otros pasajes, toda una serie de afirmaciones que no sobrepasan el siglo VII a.C., como la mención al rito funerario de la incineración (*Il.* 24.161-5) o las referencias a los fenicios (*Od.* 15.415-6). Datos que, en conclusión, se refieren a época postmicénica y que hacen imposible, por tanto, defender un carácter totalmente micénico de los poemas homéricos.

Con el inicio de la arqueología micénica se desarrollaron una serie de interpretaciones, basadas en los poemas homéricos, que defendían que éstos reflejaban a la perfección la organización social del mundo griego de la Edad del Bronce. Estos investigadores, recurriendo a la idea de que Homero narraba acontecimientos ocurridos en una edad heroica que coincidía con un momento histórico pasado, sostenían que sólo el mundo micénico podía ocupar tal lugar en la mente de los griegos y, por ello, recurrían a los poemas para reconstruir la historia de dicho período. Esta postura se puede ejemplificar a la perfección, por la trascendencia e importancia de su autor, a través de la hipótesis expuesta por Nilsson⁴⁹. Para este autor, el mundo micénico era, en realidad, un gran estado unificado, organizado en torno a un gran rey hereditario que concedía territorios, para que los administrasen, a reyes menores que eran sus vasallos. La consolidación de estos pequeños reyes y reinos habría sido el desencadenante del proceso que llevó a la desintegración del mundo micénico, como consecuencia de las ansias de independencia de cada uno de estos territorios que acabaron desembocando en el surgimiento de luchas intestinas.

El desciframiento del Lineal B supuso un duro golpe para esta interpretación micenista de los poemas homéricos. La lectura de las tablillas permitió que los historiadores, por primera vez, se enfrentasen a textos directos de época micénica. El carácter burocrático de dichos textos orientó la investigación hacia el análisis de la economía y de las instituciones del mundo micénico, dando unos resultados que supusieron el rechazo de muchos aspectos de los poemas que hasta entonces se habían venido considerando como micénicos. Gracias a esta labor se alcanzó una imagen mucho más correcta del período micénico que, desde este momento, comenzó a ser interpretado como un mundo organizado en pequeños reinos, fuertemente centralizados por palacios que, gracias a sus escribas, controlaban todos los movimientos de productos que tenían lugar en el reino.

⁴⁹ M. P. Nilsson, *Homer and Mycenae* (New York 1968).

El mundo micénico, a juzgar por esta documentación directa, era muy distinto al que se retrataba en los poemas homéricos. Este hecho llevó a concluir a algunos historiadores que, en realidad, se trataba de dos mundos distintos o, mejor, de dos épocas diferentes de la historia griega, siendo, en este caso concreto, el mundo de los poemas homéricos claramente postmicénico. Un ejemplo de este tipo de postura nos lo ofrece la obra de M.I. Finley⁵⁰, quien creía en la existencia de una ruptura y una discontinuidad total entre las formas económicas, sociales, etc., de estos dos períodos. En opinión de este autor, los poemas homéricos reflejarían la sociedad griega histórica de Época Oscura. Este punto de vista no fue aceptado de manera generalizada y, así, frente a los defensores del carácter micénico del mundo descrito en los poemas homéricos, también se desarrolló otra corriente de opinión que puso en duda que los poemas realmente reflejasen el cuadro social de un momento histórico determinado. Esta última tendencia se puede ejemplificar en la obra de Snodgrass⁵¹, que considera que, en el caso de los poemas homéricos, un poeta oral, dotado de un gran genio, pudo construir, a través de la selección, transformación y adaptación del material tradicional de que disponía, ajustándolo a los elementos de su propia creación, una imagen, en conjunto consistente, de una sociedad ficticia, no totalmente histórica.

La solución al problema planteado por la historicidad de la sociedad homérica pasa, en mi opinión, por adoptar una postura intermedia entre la consideración de la misma como una fantasía poética o una plasmación real del mundo de Época Histórica. En este sentido podemos mencionar, por ejemplo, trabajos como el de Sherrat⁵², quien, tras realizar una lectura paralela del registro arqueológico de los poemas y de la “estratigrafía” del propio texto homérico, opina que la *Ilíada* y la *Odisea* son dos poemas fruto de una evolución secular que iría desde época micénica hasta el período histórico en los que el mayor peso cultural se puede rastrear en el período que va desde el final de la cultura micénica hasta el siglo VIII a.C. Podemos tomar, por tanto, este período como la época de composición de los poemas, pues fue durante estos siglos cuando, con ayuda de la composición oral formular, se produjo la cristalización de todas estas influencias y recuerdos en su forma poética⁵³.

Esa ruptura total en las formas políticas, económicas, sociales, etc., que Finley veía entre estos dos mundos también fue criticada y matizada por distintos autores. Así, por ejemplo, Mele⁵⁴ defendía la persistencia de cierta continuidad entre el

⁵⁰ *El mundo..., y La Grecia Antigua. Economía y Sociedad* (Barcelona 1984) 241 ss.

⁵¹ A. M. Snodgrass, “An historical homeric society?”, *JHS* 94 (1974) 115 ss.

⁵² E. S. Sherrat, “Reading the texts: archaeology and the Homeric question”, *Antiquity* 64 (1990) 807 ss.

⁵³ O incluso considerar que se trata de un proceso mucho más reciente, como ha defendido A. Ballabriga, *Les fictions d'Homère. L'invention mythologique et cosmographique dans l'Odyssee* (Paris 1998) 19 al afirmar que la epopeya homérica surgió en época geométrica pero sólo adoptó su forma escrita monumental en el siglo VI a.C.

⁵⁴ A. Mele, *Società e lavoro nei poemi omerici* (Napoli 1968).

mundo de los palacios micénicos y la sociedad aristocrático-militar de la *Iliada*. No obstante, también ha habido autores, como Dickinson⁵⁵, que sostienen que no existe ningún argumento sólido que permita afirmar que en los poemas perviven rasgos micénicos y que todo aquello que hasta ahora había venido siendo considerado como tal podía ser, en realidad, producto de un momento muy temprano de la Época Oscura.

La aceptación del mundo de los poemas como un reflejo poético del mundo micénico implica aceptar, además, un dato que, a la luz de las más recientes investigaciones arqueológicas, resulta difícil de sostener: la hegemonía de Micenas sobre el resto de Grecia a partir del papel preponderante desempeñado por Agamenón en la *Iliada* dentro del ejército aqueo. Esta situación de Agamenón como jefe de las tropas aqueas se explica, dentro del ámbito del mito griego del que forma parte la *Iliada*, como fruto de los lazos privados que unían a los distintos jefes aqueos con el rey de Micenas, así como por su gran riqueza⁵⁶. Recurriendo a la identificación entre la sociedad homérica y micénica, esta situación hegemónica de Agamenón fue utilizada⁵⁷ como justificación del papel preponderante desempeñado por Micenas en la Edad del Bronce griega, llegando a considerarla como la capital de un imperio. En la actualidad sabemos, gracias a Carlier⁵⁸, que no es posible identificar la realeza micénica con la homérica y que, por tanto, el contexto general del mundo heroico que ofrece la *Iliada*, que se suele confundir con el mundo micénico histórico, no tiene nada que ver con el que nos ofrecen las tablillas de Lineal B. La arqueología, además, ha puesto de manifiesto, desde hace ya tiempo, que ese supuesto papel político central de Micenas dentro del Heládico Final tampoco es aceptable, pues no existen razones para pensar que el mundo micénico estuviera políticamente unido en su conjunto bajo la hegemonía de dicha ciudad⁵⁹.

El análisis de las tablillas de Lineal B también nos permite poner en duda la existencia de ese reino aqueo unificado que parece descubrirse en la documentación hitita bajo el nombre de Ahhijawa y que habría mantenido contactos políticos y comerciales con el resto de los reinos orientales contemporáneos. Shelmerdine⁶⁰ ha realizado un estudio de los materiales epigráficos micénicos y arqueológicos orientales que aparecen en la Grecia micénica en busca de datos que le permitan establecer los contactos que los diversos reinos micénicos mantuvieron con el exterior. Las conclusiones que se pueden extraer de dicho análisis apuntan hacia

⁵⁵ O. T. P. K. Dickinson, "Homer, the poet of the Dark Age", *G&R* 33 (1986) 20 ss.

⁵⁶ Véase, respecto a dicha cuestión, F. J. González García, "Los pretendientes de Helena: juramentos, sacrificios y cofradías guerreras en el mundo griego antiguo", *Polis* 7 (1994) 145-185.

⁵⁷ Por ejemplo en M. P. Nilsson, *Homer and...*

⁵⁸ P. Carlier, *La royauté en Grèce avant Alexandre* (Strasbourg 1984) 117-134.

⁵⁹ C. G. Thomas, "A Mycenaean hegemony?: a reconsideration?", *JHS* XC (1970) 184-192; O. T. P. K. Dickinson, *La Edad del Bronce Egea* (Madrid 2000) 367.

⁶⁰ C. W. Shelmerdine, "Where do we go from here? and How can the Linear B tablets help us get there", *Aegaeum* 18 (1998) 291-298.

la inexistencia de ese imperio de Micenas: la distribución de los objetos extranjeros en Grecia indica que diferentes estados micénicos mantuvieron contactos con distintos estados extranjeros. Las menciones de nombres y étnicos extranjeros en las tablillas de Lineal B también parecen confirmar esta pluralidad política del mundo micénico, pues nos indican una mayor presencia de contactos entre Creta y Egipto, sobre todo en las fases iniciales del Bronce; en Pilos, por su parte, se atestiguan, sobre todo, contactos con el occidente de Asia Menor y la isla de Lemnos, mientras que los contactos con otras áreas, como Chipre, aparecen distribuidos por igual en Creta y en el continente (Pilos, Micenas o Tebas).

Parece, por tanto, que los datos que nos ofrecen la documentación en Lineal B y el registro arqueológico de Edad del Bronce griega apuntan en una dirección contraria a la consideración del mundo de los poemas como micénico, requisito básico para aceptar la *Iliada* como una fuente histórica, por secundaria que sea, para la guerra de Troya.